EL AMIGO DEL PUEBLO.

¡Quantos años hace, amigo Pueblo, que eres tenido por un sugeto de muy mal gusto, y se trata solo de sacarte el dinero, sin cuidar mas que de seguir la corriente y adularte en tus opiniones! Tiempo hubo en que los que hablaban contigo conocian sus defectos y desvaríos, y sabian que obraban contra todos los principios del arte que profesaban, contra todo quanto sus conocimientos les prescribian, y contra todo lo que su propia conciencia les dictaba: sin embargo, te adulaban, fomentaban el mal gusto, atropellaban por todo; y tapándose los oidos á los gritos de su corazon, continuaban engañándote, y abusando de tu buena fe, si de tus engaños resultaba el aumento de sus intereses. Lope de Vega en su Arte nuevo de hacer comedias, decia:

El vulgo es necio; y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

Mira que buenas intenciones tenia aquel famoso dramático: mira que principios seguia; y mira que lecciones nos daba y nos dexó para tratar contigo. Ni se crea que él entendia por vulgo esto que se suele llamar la *gente non sancta*; no señor: entendia tambien la gente de *pró*.

Hállome bien con versos tagarotes,
Que vuelan por corrales de comedia
A entretener ociosos marquesotes.

Así halló el medio de hacerse un lugar muy distinguido en la sociedad, y el de aumentar su fortuna á costa del buen gusto, de la ilustracion de su siglo y de la pérdida de su singular talento, y de otros muchos que le siguiéron en sus desvaríos; y que, bien dirigidos, hubieran sido el lustre de nuestro teatro, causando á nuestra

literatura un daño, que en mucho tiempo no ha podido subsanar.

Pero este daño ninguna comparacion tiene con el que causan hoy á la Nacion muchos escritores, que fundando su patrimonio en su pluma, y toda su ciencia en una vana charlatanería, se erigen en órganos tuyos, amigo Pueblo: quieren persuadirnos á que sus sentimientos son los tuyos, sus intereses los de la Nacion; y sus juicios y fallos sobre qualquier punto son el resultado de tus profundas meditaciones y bien dirigidos cálculos. Con decir que el *Pueblo quiere*, el *Pueblo piensa*, el *Pueblo dice*, pretenden envolverte en sus resentimientos y miras particulares, y juegan con la magestad del Pueblo como pudieran con un prosélito suyo, sujeto á su voluntad y capricho. Miran las cosas por el lado que mas les acomoda: toman tu nombre para publicarlas y recomendarlas; y á las veces uno solo de estos escritores presenta equivocadas, y aun contrarias en todas sus partes, tus ideas y tus opiniones, haciendo formar un juicio muy ageno del que se debiera, á los que de léjos te ven y te consideran, y quizá esperan saber tu modo de pensar para reglar sus operaciones y conducta. Exêcracion eterna á tales hombres vendidos al sórdido interes, prostituidos al vano deseo de figurar en este teatro, enemigos de la verdad é imparcialidad, que tanto recomiendan y quieren hacernos creer que son el norte en que tienen fixa su vista de contínuo. Pero aún hay mas.

Quando los hombres en sus escritos nos presentan discursos aliñados, usan de las bellezas del lenguage con maestría, de los primores del arte de decir con habilidad y destreza: aun quando lo que nos dicen no sean cosas de un sumo interes, ó esten tergiversadas, mal interpretadas, &c. nos agrada sin embargo, ó lo magestuoso de un buen estilo, ó la finura de un pensamiento bien expresado, ó la artificiosa disposicion de todo un razonamiento. Pero quando yo veo que se habla al Pueblo en los mismos términos que pudierá hablarse á un truhan, con chocarrerías é insulseces: quando habla así algun sugeto que le ha ofrecido ilustrarle, enseñarle el camino de la verdad, darle á conocer sus verdaderos intereses, presentarle grande, juicioso y digno de sí mismo: quando se ha-

bla con el primer Pueblo de una Nacion, justamente admirada de los hombres presentes y de los siglos venideros, y el lenguage que con ella se usa es un texido de vacieda-des, de chistes sin sal, de gracejos fuera de tiempo; me lleno de un ódio, en mi sentir, muy justo al ver desaten-didas y despreciadas todas las reglas y leyes del decoro y de la cortesía. Está bien: soy el primero á quien gusta la chanza, y que me hallo en una conversacion jocosa y alegre; pero ¿es lo mismo hablar á un Pueblo entero, á un Pueblo el primero de una Nacion soberana, que ha-blar entre quatro amigos en una broma, en una diversion? Es necesario saber con quién se habla, y dar á cada uno la atencion que le es debida. Esto es prescindiendo de lo que se merece el asunto de que se trata, y de lo que el mismo sugeto que habla se debe á sí mismo.

Habrá gran diferencia en el lenguage
Si un héroe nos hablare, ó si un esclavo;
Si un anciano maduro, ó si un fogoso
De juventud florida todavía.

Arte poética.

Verdad es que la sátira á las veces consigue lo que no puede la formalidad y la seriedad; pero la sátira tiene sus leyes, tiene sus límites, y hace ya infinitos siglos que el coro del teatro antiguo recibió la ley que los magistrados se viéron precisados á imponer á su procacidad y desver-güenza. No se contentaba con pintar los defectos con tan vivos colores que qualquiera conociese quiénes eran los su-getos que censuraba, sino que presentaba sus nombres, sobrenombres, señas y quanto pudiese hacerse desear para venir en conocimiento de las personas.

Pero esta libertad tocó en el vicio
Y desenfreno digno de las riendas
De rigorosa ley: fué publicada;
Y calló el coro vergonzosamente.

Id.

He aquí la pena del que abusa de la moderada libertad que á la sátira se concede para perseguir los vicios, no las personas: he aquí el castigo del que quiere y pretende recomendarse y levantarse sobre las ruinas de los demas

hombres: he aquí el término infeliz á que conduce la envidia ó la malevolencia; y he aquí por último el pago que se debe al soberbio y envanecido, que no puede esperar á que los demas le declaren acreedor á la consideracion pública, ó sus escritos y producciones le hagan digno de ella; sino que por sí y ante sí se coloca en la cumbre del saber, se declara el oráculo de cuyas divinas decisiones pende la suerte de todo un Pueblo, y empieza á recoger el fruto que no cultivó, y pretende segar la mies, que ni sembró, ni en realidad existe todavía

Á ningun hombre hemos visto grande aún, solo por que él lo diga; y si una aceptacion popular ha podido prevenir alguna vez á los hombres, capaces de pensar y discernir lo verdadero de lo falso, en favor de este ó aquel individuo, ha llegado sin embargo el dia en que se ha hecho patente el mérito que se le debia; y los grandes colosos que admiró el Pueblo en los primeros momentos de su sorpresa, han venido á caer derrocados desde el alto punto en que se colocáron ellos mismos á la profunda sima del desprecio. Solo lo bueno puede agradar á todos los hombres de todas las naciones y de todas las edades, y esta es la señal indefectible de la mayor ó menor bondad de una produccion literaria; la mayor ó menor aprobacion que se merezca de los hombres de gusto. El mérito sigue, no precede á las producciones, y nadie jamas se le ha concedido á los que dislocáron las cosas y trastornáron el modo de tratarlas. Siempre á las cosas grandes se las trató con dignidad, y una de las primeras atenciones de los hábiles sugetos que las han manejado ha sido el miramiento, el decoro y quanto pudiera ganar la admiracion, é inspirar interes en los ánimos de los demas hombres. Todos los buenos políticos huyéron de quanto pudiera acarrear el menosprecio de las gentes, y hacer concebir una idea ménos digna del asunto que emprendiéron tratar. Todos huyéron de expresiones indecorosas, maneras toscas, proposiciones groseras, del desórden, de la bufonada, del atolondramiento y de quanto pudiera desdecir de la grandeza é interes que querian comunicar y hacer comprehender á los demas. No así nuestros políticos y escritores; no así los tales órganos de esta gran Nacion: un asunto del primer interes, los sentimien-

tos de todo un Pueblo se expresan soberbiamente con un discursito lleno de dicharachos, con quatro proposiciones enfáticas que, estrujadas, nada dicen: con una rechifla ó un insulto, sin plan, sin razones que prueben y digan algo; sin tomarse otro trabajo que el de hacer reir y ser la diversion de aquellos que mas bien que á la risa necesitan ser estimulados al desprendimiento de sus intereses, de sus conveniencias y bienestar, y aun de su sangre y de su vida.

Separa, amigo Pueblo, por un momento tu vista de semejantes escritos y escritores, y cierra tus oidos á sus vaciedades é insulseces para que pasemos á exâminar la conducta, ó bien de los pueblos ateniense y romano en tiempos antiguos, ó bien en los presentes la de los americanos ó la de nuestros buenos amigos los ingleses: veamos si tratan ó tratáron jamas los grandes intereses nacionales en términos chocarreros y juglares, ó si sus discursos llevan consigo la gravedad y energía, el estudio y aliño de la lengua á la par de la solidez de pensamientos muy meditados, el artificio de una retórica persuasiva acompañado de razones fuertes é incontestables; y si alguna vez necesitan ó quieren acomodarse á la capacidad de todos, usan un estilo sencillo y natural, pero jamas bufonadas ni chanzonetas. Sus armas no hubieran sido tan grandes, si no hubieran ido auxíliadas y dirigidas por sus letras; y su mayor mérito no sabemos aún á qual de ellas se le debemos atribuir.

Pues, ahora bien, amigo mio, si no cedes tú en las primeras á nacion ninguna, y por no ceder llevas derramada tanta sangre, y todavia ofreces gustoso la que te queda, ¿por que no has de querer y exigir que las segundas sean tratadas con igual grandeza y dignidad? ¿por que no han de correr parejas unas y otras en tí, como lo han hecho en las demas naciones, y como en esta misma lo hiciéron en otros tiempos? ¿ó es que este idioma ya hoy no se presta á ello como se prestó antiguamente, y carece de la grandeza y valentía que tienen los demas? ¿ó son cosa de juguete y pasatiempo los intereses de una Nacion que ha dado el primer impulso á la mudanza general de la Europa, y hace temblar y vacilar el trono proclamado *todopoderoso*? No, no es nada de esto: escucha y juzga. El estilo cho-

carrero y juglar es hijo de una cierta costumbre y facilidad en el hablar, que reconocemos en los que vulgarmente llamamos *decidores*; pero el estilo puro, castizo y elegante no se adquiere sin mucho trabajo, sin mucho estudio, sin mucha lectura y reflexion: el primero se aprende leyendo saynetes, conversando con bufones y gente grosera: para el segundo es necesario manejar los padres de la lengua, tratar con personas instruidas (lo que no es fácil á todos), y de cierta educacion y finura: á las veces la naturaleza sola sin estudio alguno prodíga con mano liberal el primer modo de producirse y expresarse; pero tambien se venga negando á ótros el segundo en términos que ningun arte basta para superar los obstáculos que ella pone. De aquí nace el que cada qual te habla en el lenguage que posee; y que el que no tiene buen caudal, no te pueda dar cosa buena; así como el que tiene y sabe se complace en ilustrarte, en hablarte con decoro, en tratarte con la misma dignidad que tú tratas, y en presentarte el fruto de sus tareas y de sus vigilias para tu mayor gloria y ennoblecimiento por medios que te puedan proporcionar su adquisicion. Quien no sea, pues, capaz de hablarte con el decoro debido á tu soberanía, que calle; ó de lo contrario, contra él soy, y conmigo se las há. Mi pluma es nueva; pero mi amor á la grandeza de mi Nacion en todos términos es tan viejo como la primera ráfaga de luz que alumbró mi alma. Yo de ninguna manera sufro el envilecimiento de mi Nacion, ni que se trate á un Pueblo, que adoro, en términos baxos é indecentes. La literatura reconoce la sátira como una de sus especies; pero jamas ha reconocido la procacidad, el insulto, ni la petulancia. Para aquella tenemos reglas y leyes; y si éstas se traspasan, sabida cosa es, que la sátira degenera en una libertad impudente, digna de ser enfrenada por las autoridades, y perseguida por todo hombre de sana intencion y de sentimientos patrióticos.

Quien al amigo ausente le denigra,
Quien, si le culpan otros, no le ampara,
Quien pretende la risa desmedida
De los demas y fama de gracioso,
El que puede pintar lo que no vido,

Y no puede callar secreto ageno,
Este es negro: romano, de él te guarda.
Horac. Sat. 4. lib. 1.

Ademas, amigo Pueblo, tú debes arrojar de tu seno y no contar en el número de los tuyos, ni reconocer como á españoles á los seres maléficos, á los hombres que ó á tí en general, ó á qualquiera de tus individuos en particular disfaman y denigran injustamente con solo el objeto de amancillar la buena opinion, y lucir la facilidad de manejar dicterios y dispendiar insultos, sin que de aquí resulte otra cosa que tu engaño y el lucro de los tales escritores; los quales, por tu hado adverso, son precisamente los que mas buscas y anhelas, los que mas lees y deseas, hasta que desengañado, vuelvas en tí, y les des el pago que generalmente se da á todo bufon y charlatan: se le oye con gusto un rato, y luego se le desprecia altamente. Digo que debes separarlos de tí por ser obligacion de todo español el ser *justo* y *benéfico*, y yo no veo justicia ni beneficencia en donde reyna la mordacidad impudente, el insulto personal intempestivo, ni en donde el espíritu de cuerpo y de partido se descubre y se dexa ver con toda su fuerza y energía, y con todos los síntomas del ódio mas implacable hácia quien se opone á sus ideas, y no sucumbe cobardemente á las decisiones de su infalible oráculo. Sí, amigo mio; no solo descubro yo atropelladas las leyes de la literatura, sino las del decoro social y las fundamentales de nuestra monarquía; y para que mas te escandalizes, las leyes divinas de la doctrina evangélica pronunciada por nuestro benignísimo Salvador. (*Concluiré, Pueblo amado.*)

Señor Atalaya,

Padrecico: Hablar con vmd. no es hablar con el Publíco. Permítame vmd. mojar en su tintero mi pluma, á ver si se la pega algo de esa gracia y gracejo. Con efecto; ella sola, solita corre y pinta: ¡que diablura! ¿Á ver, á ver lo que dice?

Hermoso toro de testud erguida,
Redondo cerviguillo, ancho de lomos,

Se presenta en el circo:
Despavorido el lidiador se inmuta;
Y ya espera impaciente el vulgo entero
Ver en tierra al caballo y caballero.
Pero el bruto feroz, que en su dehesa
Mugía, y á sus voces tiembla el valle,
El monte se estremece,
Y el caminante muda de sendero;
Se pasma viendo despreciar su saña,
Y que le esperan hombres en campaña.
Entónces, ó se emplaza ó se embarrera;
Y bufando á los hombres y caballos,
Y presentando humilde
Su valiente cabeza bien armada,
Hace ver, que si bravo fué algun dia,
Le dió valor la agena cobardía.
Ya no acierta á moverse; ya la arena
Escarba con sus pies; la puerta busca
Que al circo le conduxo;
Huye, pero es en vano: ya está en plaza,
Y ya el concurso aguija su sosiego
Con alteradas voces: Perros.... fuego....
Si quier el magistrado condescienda
En que le lidien canes, ó que en vida
Vea su cuerpo ardiendo,
El animal, que estremecia el monte,
Recibe una afrentosa y dura muerte.
¡Tal es de todo guapo, al fin, la suerte!

¡Vea vmd. lo que ha salido! ¡Vaya, si el tintero de vmd. tiene los Malos en el cuerpo! ¡Caspitina! ¿Me le quiere vmd. vender ó cambiar por qualsiquiaque cosa?

Ayer mañana muy temprano pasó por ésta un coronel español con pliegos del Lord para el Gobierno: llevaba la derrota completa de Soult, cuya suerte se ignora.

MADRID. IMPRENTA DE LA COMPAÑIA
POR SU REGENTE JUAN JOSEF SIGUENZA Y VERA.
AÑO 1813.

Se vende en la librería de Matute, calle de Carretas, junto á la imprenta nacional, y se admiten subscripciones.